

“El ausente”, isí, señor!

Gabriel Araico

Image not found.

Capítulo 1

Viajaban ocho amigos, de forma inexplicable, dentro de un vocho.

—Luis, neta. ¡Hazte pa allá!

—Ya no puedo chihuahua.

—Todo por tu culpa...

—No es cierto, yo nomás contesté el teléfono y se lo pasé al tarado de Enrique...

—Tampoco fue mi culpa, yo no sabía que Tito ya no andaba con Claudia. Obvio cuando contesté, dije "Hola, Claudia", yo que iba a saber que era Mariana.

—Pues es que eso no se hace, güey. Nunca se dice el nombre...

—Bueno ya cállense todos, ya ni modo. Estamos contigo, Tito, ya pagamos los mariachis y vas a ver que se contenta—sacó Luis su cabeza por una ventana—... maneja despacito, Jorge, no vaya a ser que se te pierdan los mariachis...

—¿Despacito? ¡O sea, con trabajos sube a veinte el vocho con todos ustedes arriba!

—Oh Jorge, no te agüites, todos estamos haciendo el sacrificio por Tito.

El automóvil llegó con dificultad a su destino y fueron bajando todos del pequeño vehículo, quejándose por el incómodo viaje. Tito fue con el mariachi que también terminaba de bajar sus instrumentos de su camioneta y les señaló la casa de su novia.

—Ahí es caballeros, vamos a arrancarnos con —pensó unos segundos y buscó a sus amigos con la mirada—... aguántenme.

Llegó Tito con sus amigos y preguntó:

—¿Con cuál se pide perdón?

—¡Con “Anillo de compromiso”! —opinó Roque.

—No friegues, güey, no es pa tanto —dijo Juan.

—“Albur de amor” —opinó Enrique.

—Finísimo, Enrique, como siempre. No, ya en serio, ayudemos a Tito.

—“La bikina”, al cabo estamos cerca del mar.

—“El último trago”

—¿Estás loco, y esa por qué?

—No, digo que necesitamos ir a la tiendita...

—“No me amenaces”

—“Nunca”

—“Paloma negra”

—“Paloma blanca”

—Ya, del color que quieran pero sírvanme una...

Todos opinaban en desorden, pero ninguno convenció a Tito, por lo que decidió acercarse de nuevo al mariachi.

—A ver, ustedes que son los profesionales, ¿cuál me recomiendan pa que me perdonen?

—Pues depende joven, ¿cuál fue la falta? —preguntó uno de los mariachis.

—“Échame a mi la culpa” —gritó Enrique a lo lejos y el grupo de amigos reía.

—No le hagan caso, es que ese idiota le cambió el nombre a mi novia.

—“Angustia” —gritó otro.

—La que les voy a hacer sentir si no me perdona bola de... —respondió enojado Tito.

—No joven, pues yo creo que la de “Como quien pierde una estrella”.

Esa le va a gustar a la damita —respondió finalmente el mariachi.

—Sí, esa, esa. Ya estuvo, me late —estaba a punto de regresar con el grupo pero volvió con ellos para preguntar—... ¿de qué habla?... Bueno, ustedes son los que saben, arránquense —dijo y volvió con sus amigos.

Los mariachis comenzaron a cantar mientras los demás esperaban alguna respuesta viendo hacia la ventana, pero esta no llegó hasta el final de la canción en que se abrió la puerta y salió la sirvienta. Con voz tímida pero lo suficiente alto para que todos escucharan, dijo a Tito:

—Disculpe, joven, es que la señorita no stá. Se fue con el joven Alan a pasear en moto...

—¡Uhhh, Mufasa! —dijeron sus amigos al unísono, gritando y haciendo ademanes con las manos, incluyendo al mariachi.

—Tóquenle "Retirada" —decía uno.

—Mejor "Cascos ligeros" —decía otra voz.

Tito entristeció y llegaron dos de sus amigos a abrazarlo. Juan se acercó también pero se apartó a platicar con la sirvienta.

—No te agüites güey, así son las viejas... —trataban de consolarlo.

—Sí, Tito, ya estamos aquí. Total, ya está pagado el mariachi —decía Roque cuando volvió Juan.

—¿Vieron a la muchacha? Estaba de buen ver —dijo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Luis.

—Ufemia o algo así dijo —respondió Juan.

Al escuchar el nombre de la muchacha, el mariachi comenzó a tocar "Carta a Eufemia" mientras unos consolaban al pobre Tito, otros cantaban de nuevo hacia la casa y otros bailaban alegres.